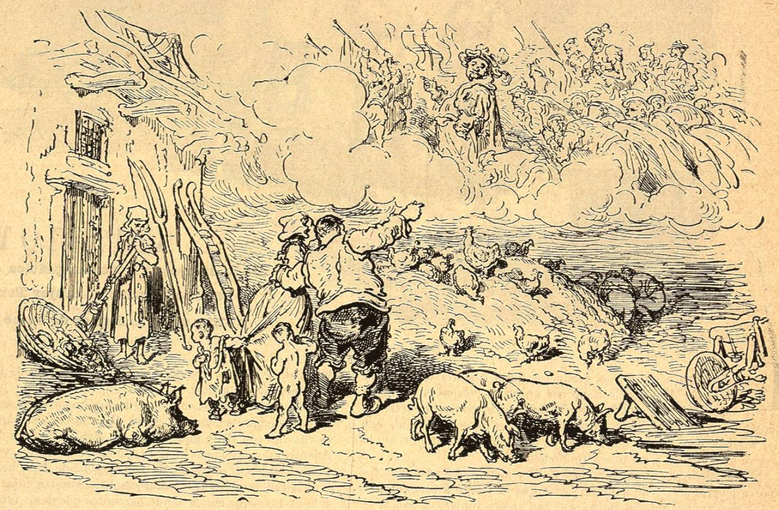
mi cuerpo en algún gobierno provechoso, que nos saque el pie del lodo, y casase á Marisancha con quien yo quisiere, y verás como te llaman á tí doña Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles, á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo?

No, sino estaos siempre en un sér, sin crecer ni menguar, como figura de paramento; y en esto no hablemos más, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú más me digas.

¿Veis cuanto decís, marido? respondió Teresa; pues con todo eso temo que este condado de mi hija ha de ser su perdición: vos haced lo que quisiéredes, ora la hagáis duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mío. Siempre, hermano, fuí amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos: Teresa me pusieron en el bautismo nombre mondo y escueto, sin añaduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas: Cascajo se llamó mi padre, y á mí por ser vuestra mujer me llaman Teresa Panza, que á buena razón me habian de llamar Teresa Cascajo; pero allá van reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un don encima que pese tanto que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil ó á lo de gobernadora, que luego dirán: Mirad qué entonada va la pazpuerca; ayer no se hartaba de estirar un copo de estopa, y iba á misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugo, con broches y con entono, como si no la conociésemos.



Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasión de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos á ser gobierno ó ínsulo, y entonáos á vuestro gusto que mi hija ni yo, por el siglo de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta el hacer algo es su fiesta: idos con vuestro Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará como seamos buenas; y yo no sé por cierto quién le puso á él don, que no tuvieron sus padres ni sus agüielos.

Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algún familiar en ese cuerpo. ¡Válate Dios la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras sin tener piés ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pués no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha), si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta doña Urraca, tenías razón de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un don y una señoría á cuestas, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de más almohadas de velludo, que tuvieron moros en su linaje los Almohades de Marruecos, ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero?

—¿Sabéis por qué, marido? respondió Teresa, por el refrán que dice: Quien te cubre te descubre: por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y el maldecir y el peor perseverar de los maldicientes; que los hay por esas calles á montones como enjambres de abejas.

—Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que ahora quiero decirte, quizá no lo habras oído en todos los días de tu vida; y yo ahora no hablo de mío, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuarema pasada predicó en este pueblo, el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas. (Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho, son las segundas por quien dice el traductor que tiene por apócrifo este capítulo, que exceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo):

De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos representa alguna bajeza en que vimos á la tal persona, la cual ignominia, ahora sea de pobreza ó de linaje, como ya pasó no es, y sólo es lo que vemos presente: y si este, á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza (que por estas mismas razones lo dijo el padre) á la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde lo que fué, sino que reverencien lo que es, si no fueren los individuos, de quien ninguna próspera fortuna está segura.

—Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisiéredes y no me quebréis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estáis revuelto en hacer lo que decís, ...

—Resuelto has de decir, mujer, dijo Sancho, y no revuelto.

—No os pongaís á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en más dibujos; y digo que si estáis porfiando en tener gobierno, que llevéis con vos á vuestro hijo Sancho, para que desde ahora le enseñéis á tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.

—En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me faltarán pues nunca falta quien se preste á los gobernadores cuando no los tienen, y vístele de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser.

—Enviad vos dinero, dijo Teresa, que yo os lo vestiré como un palmito

—En efecto, quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que ha de ser condesa nuestra hija.

—El día que yo la viere condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro: pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes á sus maridos aunque sean unos porros; y en esto comenzó á llorar tan de veras como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica.

Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer condesa, la haría todo lo más tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á don Quijote, para dar órden en su partida.

CAPÍTULO VI.

De lo que le pasó á don Quijote con su sobrina y con su ama; y es uno de los importantes capítulos de toda la historia.

En tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo, pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la sobrina y el ama de Don Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor quería desgarrarse á la vez tercera, y volver al ejercicio de su para ellas, mal andante caballería. Procuraban por todas las vías posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frio: con todo esto entre otras muchas razones que con él pasaron, le dijo el ama:

—En verdad, señor mío, que si vuesa merced no afirma el pie llano, y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grita á Dios y al Rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondió Don Quijote:

—Ama, lo que Dios responderá á tus quejas yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Majestad tampoco, y sólo sé que si yo fuera rey me excusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada dia le dan; que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen, en otros muchos, es el de estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos, y así no querría yo que cosas mías le diesen pesadumbre. A lo que dijo el ama:

—Díganos, señor, ¿en la corte de su Majestad no hay caballeros?

—Sí, respondió Don Quijote, y muchos; y es razón que los haya para adorno de la grandeza de los príncipes, y para ostentación de la Majestad real.

—¿Pues no sería vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pie quedo sirviesen á su rey y señor estándose en la corte?

—Mira, amiga, respondió Don Quijote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes: de todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor, ni frío, hambre ni sed; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frío, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de día, á pie y á caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies; y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo sér, y en todo trance y en toda ocasión los acometemos sin mirar en niñerías ni en las leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva más corta la lanza ó la espada, si trae sobre sí reliquias ó algún engaño encubierto, si se ha de partir ó hacer tajadas el sol ó no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona á persona, que tú no sabes, y yo sí; y has de saber más, que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no sólo tocan sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente y con intrépido corazón lo ha de acometer y embestir; y si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado que dicen que son más duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto más de dos veces.

Todo esto he dicho, ama mía, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros; y sería razón que no hubiese príncipe que no estimare en más esta segunda, ó por mejor decir primera especie de caballeros andantes, que según leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos que ha sido la salud, no sólo de un reino, sino de muchos.

—¡Ah, señor mío! dijo á esta sazón la sobrina, advierta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecían que á cada una se le echase un sambenito, ó alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres.

—Por el Dios que me sustenta, dijo Don Quijote, que si no fueras mi sobrina derechamente como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en tí, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. ¿Cómo qué? ¿es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua y á censurar las historias de los caballeros andantes?

¿Qué dijera el señor Amadís, si lo tal oyera? Pero á buen seguro que él te perdonara, porque fué el más humilde y cortés caballero de su tiempo, y demás grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oído que no te fuera bien dello, que no sonos corteses ni bien mirados, algunos hay follones y descomedidos: ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad: hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros; y caballeros altos hay que parece que aposta mueren por parecer hombres bajos: aquéllos se levantan ó con la ambición ó con la virtud; éstos se abajan ó con la flojedad ó con el vicio: y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones.

—¡Válame Dios! dijo la sobrina, ¿qué sepa vuesa merced tanto, señor tío, que si fuese menester en una necesidad podría subir en un púlpito ó irse á predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y sobre todo, que es caballero no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres?

—Tienes mucha razón, sobrina, en lo que dices, respondió Don Quijote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano no las digo.